

AMPARO PEDIDO CONTRA UNA SENTENCIA DE GRADUACION
EN CONCURSO HIPOTECARIO.

¿Es procedente el recurso de amparo en negocios judiciales del orden civil por la inexacta aplicación de la ley? ¿Cuándo y en qué casos cabe tal recurso en esos negocios? Interpretación del art. 14 de la Constitución.

Los Sres. Larrache y C^{as}. Sucesores, por medio de su apoderado el C. Lic. Alfonso Lancaster Jones, pidieron amparo al Juez 2^o de Distrito de esta Capital, contra la sentencia de graduación de créditos pronunciada por el Juez 2^o de lo civil en el concurso de Don Blas Pereda, alegando que en esa sentencia no se aplicaron exactamente algunos artículos del Código civil, por lo que se violó la segunda parte del art. 14 de la Constitución. El juez concedió el amparo.—La Suprema Corte se ocupó de este asunto en las audiencias de los días 3 y 4 de Julio de 1879. El C. Vallarta, en defensa de las opiniones que en otros amparos ha sostenido y combatiendo la sentencia del inferior, dijo lo siguiente:

El notable alegato presentado por el Sr. Lic. D. Alfonso Lancaster Jones ante el Juzgado 20 de Distrito sosteniendo la procedencia de este amparo, trae de nuevo á discusión la inteligencia que deba darse al art. 14 de la Constitución. Escrito ese alegato con el estudio, con la meditación que demanda la importancia de las cuestiones que analiza, presenta cuantas razones se pueden invocar en favor de la amplísima interpretación de ese texto; y redactado en un estilo poco común en el foro, él es la mejor defensa de la

teoría que extiende á toda clase de juicios, sin distinción de civiles ó criminales, el precepto de aquel artículo que exige *exacta aplicación de la ley*.

Para mí que he estado sosteniendo la doctrina contraria, ese alegato ha sido objeto de más estudio y de nuevas meditaciones. Celoso como el que más, no sólo del cumplimiento de la Constitución, sino de su prestigio, y comprendiendo cuánto puede dañar á este la equivocada inteligencia, la errónea aplicación de uno solo de los preceptos de la ley fundamental, he acometido la tarea de rectificar mis antiguas opiniones, con el ánimo firme y resuelto de abjurar sin ambages los erreros que en ellas pudiera encontrar. Y para imponerme como inquebrantable regla de conducta semejante propósito, he tenido presente esta consideración: aquel alegato es una impugnación directa de mis opiniones personales sostenidas empeñosamente en el debate del amparo del Sr. Rosales, (1) y la imparcialidad á que como juez estoy obligado, es un deber que para mí habla más alto que las sugerencias del amor propio, que habla tan alto que me exige hasta el reconocimiento paladino de los errores en que antes pudiera haber incurrido. Y como creo, por otra parte, que es más honorífico para un funcionario público hacerlo así que empeñarse caprichosamente en sostener su propia infalibilidad, emprendí mis nuevos estudios, decidido y dispuesto á aceptar y reconocer aun la ilimitada inteligencia del art. 14, que he combatido, si á ello me obligaba mi empeño en descubrir la verdad.

Y debo decirlo ya, esos mis nuevos estudios no sólo no han cambiado mis antiguas opiniones, sino que las han confirmado y robustecido; porque las razones que se aducen en pro de *la exacta aplicación de la ley civil*, vienen en último y final análisis á reconocer la imposibilidad de que haya

1 Publicado en las págs. 54 y siguientes de esta colección.

leyes civiles exactamente aplicables á todos los casos ocurrientes; porque las bases en que esta teoría se funda, no pueden establecerse sino sobre las ruinas del orden social, negando las verdades jurídicas que la civilización tiene reconocidas en garantía de los derechos más respetables; porque la aplicación del texto constitucional á los juicios civiles sería tan grave motivo de desprestigio para nuestra Constitución, así lo siento íntimamente, que no podría salvarse de una muerte más ó menos próxima. Imperioso, inexcusable deber es para mí combatir una teoría que engendra á mi juicio tan fatales consecuencias.

Para fundar el voto que daré en este negocio; para hacer la nueva defensa de las opiniones que sigo con más convicción profesando; para traer á este importante debate el escaso contingente de luz que mi capacidad me permite, y esto con el deseo de que llegue á fijarse nuestra jurisprudencia constitucional sobre el punto de más graves trascendencias para el orden civil, voy á entrar en el exámen de las muchas cuestiones que la interpretación del texto constitucional provoca; voy á encargarme siquiera de los principales argumentos que sustentan á la teoría que impugno, argumentos tan hábilmente expuestos, lo reconozco, por el abogado que este amparo patrocina. Para reducirme á los más cortos límites posibles, atendida la importancia del asunto, cuidaré de no repetir las demostraciones que hice cuando del amparo del Sr. Rosales traté, y procuraré no ocuparme sino de puntos que tengan influencia eficaz en el éxito de este debate.

II

Leyendo con atención «El estudio que sobre el artículo 14 de la Constitución federal hizo el Lic. D. Alfonso Lan-

caster Jones,» se nota luego que para sostener la teoría que defiende, apeló á dos clases de argumentaciones, tomada la una de la interpretación *literal*, y deducida la otra de la interpretación *racional* de este texto. El método me exige que me encargue de ellas separadamente.

El substancial cambio que en su redacción sufrió el artículo 26 del proyecto de Constitución (hoy segunda parte del art. 14 del Código fundamental), da materia al primero de los argumentos que expende aquel abogado. En su sentir, del hecho de que en aquel art. 26 se hablase de «la propiedad,» se deduce «el propósito manifiesto de la Comisión de que él fuera extensivo á toda clase de juicios,» sin tener para nada en cuenta el número de orden que se le diera, ni su colocación entre los artículos que se ocupaban sólo de las garantías de los acusados, y el mismo abogado me atribuye, «una contradicción destructora de mi propio razonamiento,» por lo que mira á la importancia que yo doy al lugar que ese artículo 26 ocupaba.

No niego, ni he negado que éste se redactara y lo colocara por la comisión en los términos que se indican; lo que he dicho, y en esto consiste la fuerza de mi observación, es que «el Congreso no quiso aceptar esa redacción, no quiso que entre los artículos que se ocupaban de las garantías de los acusados, se hablase *de la propiedad*, no quiso que lo civil estuviese sujeto á las reglas de lo criminal, por lo que la Comisión tuvo que retirar el artículo á discusión y presentarlo reformado, etc.» Si la primitiva redacción del artículo es, como se dice, la prueba de que el propósito de la Comisión era que él fuese extensivo á toda clase de juicios, el hecho, elocuente por demás, de que el Congreso no aceptara tal redacción, es á su vez la prueba más acabada de que él no sancionó tal propósito; de que él no quiso que el artículo comprendiera á los juicios civiles, supuesto que en la reforma que modificó su redacción, desapareció la palabra

“propiedad.” Si el argumento que me ocupa prueba que el propósito de la Comisión fué el de comprender en una sola regla á lo civil y á lo criminal, mi observación, sustentada por las mismas razones de ese argumento, evidencía que el Congreso no consagró tal propósito. En esto hay que convenir forzosamente. Y yo que procuro interpretar el texto constitucional, no por lo que la Comisión pensara, sino por lo que el Congreso aprobara, creo que en nada ataca á mi razonamiento la contradicción que de verdad hubo entre la iniciativa de la Comisión y el voto de la Cámara.

Pero se replica: no es exacto, es un error histórico grave, el decir que la Comisión retiró el artículo, porque el Congreso no quisiera que en él se hablase de la «propiedad,» ni se estableciera una regla aplicable tanto á lo civil como á lo criminal. El retirar y modificar el artículo «no reconoció por origen oposición alguna por parte del Congreso á la idea de hacer extensiva esta garantía del orden judicial á todos los derechos del hombre.» No fue un espíritu restrictivo el que determinó la resistencia opuesta á la forma . . . del artículo: muy lejos de ello, lo que provocó esa resistencia, fué un noble y altísimo sentimiento de todo punto contrario á aquel espíritu, y liberal hasta el mayor extremo del más ardiente amor á la libertad humana.” Analicemos la exactitud histórica de estas aserciones.

Dejo para después, para su lugar, examinar si son, si pueden ser *derechos del hombre* los que la ley civil concede, examen que pondrá en relieve el error capital de la teoría que combato, y concretándome por ahora á la sola cuestión de hechos, diré que luego que el art. 26 fué puesto á discusión, el Sr. Gamboa lo atacó con energía, no por lo que él expresaba, sino porque prejuizaba la cuestión sobre legitimidad de la pena de muerte, no por un sentimiento de amor á la libertad humana, de la que ni se habló, sino por una inquebrantable convicción respecto de la inviolabilidad de la

vida del hombre. El Sr. Mata, en lugar de aceptar el debate que el Sr. Gamboa provocaba sobre la pena de muerte, manifestó sólo que él no era oportuno, pues llegaría su vez cuando se tratara del art. 33. Habló después el Sr. Cerqueda, y esto, no para combatir el artículo, es preciso reconocerlo, sino para apoyarlo, para ampliarlo aun más, para consagrar la teoría que combato, proponiendo que “se diga que en materia criminal ó civil no puede haber fallos, sino con las garantías que la Comisión establece.” Cerrado el debate, la Comisión se retiró para reformar el artículo, (1) presentándolo en los términos en que hoy está redactado.

Tales son los hechos que refiere el cronista del Constituyente. ¿Apoyan, justifican ellos las aseveraciones de que el artículo fué modificado á instancias de una oposición liberal inspirada en el amor de la libertad del hombre? Tanto no es eso exacto, que la Comisión ni siquiera quiso aceptar la discusión que el Sr. Gamboa provocó, discusión que se abrió brillante y majestuosa cinco días después, cuando se trató del art. 33. Tanto no es exacto, «que la Cámara quedó bajo el influjo de los conceptos del Sr. Cerqueda, y que la Comisión los tomó en cuenta al formular su enmienda,» que no sólo no se redactó el artículo diciéndose en él que «no puede haber fallos en materia criminal ó civil, sino *aplicando exactamente la ley,*» que era lo que el Sr. Cerqueda pretendía, sino que en la enmienda dejó de hablarse de «propiedad;» sino que las palabras usadas en la nueva redacción prueban, como después lo veremos, que la Comisión quiso que el artículo se refiriera sólo á las *personas* y no á las *cosas ó acciones,* es decir, sólo á lo criminal y no á lo civil. No sólo, pues, no aceptaron ni la Cámara ni la Comisión las indicaciones del Sr. Cerqueda, sino que las desecharon terminantemente, no ya no acogiéndolas, sino hasta suprimiendo la única palabra que en el artículo había que lo hi-

1 Zarco, Hist. del Cong. const. tomo 2.º, págs. 184 á 188.

ciese extensivo á los *fallos civiles*. Ante la crítica histórica no se puede afirmar que el discurso del Sr. Gamboa, que los conceptos del Sr. Cerqueda, fueron los que determinaron la enmienda del art. 26. La repulsa de esos conceptos del Sr. Cerqueda, por el contrario, nos convence aun más de que la Cámara no quiso sujetar á una misma regla á los fallos civiles y á los criminales.

Es lo cierto que el artículo no se discutió, y que él fué modificado substancialmente. Y aunque en la crónica del Congreso no aparece la causa y motivo de esa modificación, no se puede decir que no haya existido. Yo la he explicado así: «La Comisión, que obraba impulsada por los más vivos deseos de acierto, y que oía las observaciones que se le hacían no sólo en la tribuna sino en lo confidencial, como yo tuve muchas veces la honra de hacerlo, comprendió sin duda que. . . . exigir la exacta aplicación de la ley en lo civil, era sentar un principio subversivo del orden social, destructor de la propiedad misma y principio condenado por todas las legislaciones de los países cultos, y reformó el artículo, etc.» Si esta explicación no se acepta, siquiera como la más probable, menos puede sostenerse que los conceptos desechados del Sr. Cerqueda, que el amor á la libertad humana, fueron los que el cambio de redacción motivaron.

Estas consideraciones, cuya fuerza ningún ánimo imparcial puede desconocer, afirman, pues, mi creencia de que la Comisión retiró su primitivo artículo porque encontró resistencias en la mayoría de la Cámara; resistencias no expresadas en la tribuna, sino en las observaciones confidenciales que los diputados le hacían. Y la enmienda del artículo *en un sentido contrario á los conceptos del Sr. Cerqueda*, constituye un argumento poderosísimo para afirmar que ni la Cámara votando definitivamente, ni la Comisión reformando el art. 26, quisieron que «no hubiera fallos en materia civil ó criminal, sino *con la exacta aplicación de la ley.*»

El estudio concienzudo y detenido de los hechos nos impone la necesidad de reconocer esta verdad.

Cierto es en términos generales, puedo decir respondiendo á otro argumento que hace referencia á la dislocación que sufrió el primitivo art. 26, que no «puede pesar en el ánimo de ningún tribunal la circunstancia del lugar asignado en el texto á cualquiera garantía constitucional, para deducir de aquí la materia á que con especialidad se contraiga,» porque en el título 19 de la Constitución no se observa un constante y riguroso orden de materias. Esta respuesta dejaría sin valor á mis observaciones tomadas del número de orden que tenía el art. 26, si de éste y del 49 no se hubiera formado un solo artículo, el que hoy es 14; del 49 cuya letra, razón y motivos lo extiende á toda clase de leyes, así civiles como criminales, y del 26 cuyas palabras no son aplicables más que á lo criminal, si no se ha de adular el lenguaje y cuyo espíritu confirma esa inteligencia, si no se ha de desconocer la filosofía de su precepto, hasta llevarlo al absurdo.

Aquella respuesta satisfaría cuando se tratara de artículos *íntegros* del proyecto, que hubieran perdido su colocación, porque poner al principio uno que estuviera al fin, cambiarlos todos de lugar, no acusaría sino una falta de método en el orden de materias; pero hacer de dos artículos uno, como si de igual é idéntico asunto trataran, quitándolos del lugar en que el Congreso los aprobó, establecer entre ellos una correlación de ideas que no existió cuando fueron definitivamente votados, son circunstancias á que los tribunales deben, y mucho, atender, para averiguar si semejante dislocación no afecta el sentido genuino del texto. Y en el caso que nos ocupa, tales circunstancias son de tal modo decisivas en la cuestión, que si el antiguo artículo 26, reformado como quedó, se hubiera colocado después del 25, que decía: «Nadie puede ser juzgado dos veces por el mismo delito, ya sea que en el juicio se le absuelva ó se

le condene,» ¿habría siquiera la más leve apariencia de razón para decir que este art. 26 es extensivo á toda clase de juicios? Más aún: si ese artículo con cualquier número hubiera quedado *íntegro* en la Constitución, y no formando *una parte* de otro, ¿se habría pretendido por alguien, con fundamento, ampliar su alcance á los negocios civiles, invocando la correlación ideológica á que hoy se presta la unión de los dos textos? Entiendo que á nadie habría ocurrido siquiera acometer esta imposible tarea.

III.

En el debate del amparo del Sr. Rosales hice observaciones de innegable fuerza tomada del contexto literal de la segunda parte del art. 14, y presenté las palabras mismas de que él usa, como argumentación concluyente para afirmar que ese precepto se refiere á *las personas* y no á *las acciones*. A cada una de mis observaciones se ha dado una respuesta; ¿pero es ella satisfactoria? Es lo que voy á analizar.

Para probar que el pronombre «nadie,» del texto constitucional, abarca tanto el procedimiento criminal como el civil, se ha invocado, como razón decisiva, el art. 13 de la ley suprema en la parte que dice: «En la República *nadie* puede ser juzgado por leyes privativas ni por tribunales especiales;» y para demostrar que este precepto comprende á lo civil y á lo criminal, se dice que de no ser así, se seguiría el absurdo de que la Constitución permitiera que se juzga-

se una causa civil por un tribunal especial ó por leyes privativas, absurdo que nadie sostendrá.

El inteligente profesor de la teoría que combato, ha rehuído con habilidad el invencible obstáculo, sin haberlo por ello removido, que el pronombre «nadie» presenta á la interpretación que él da al texto constitucional. Ese obstáculo es este en toda su magnitud: ese pronombre se usa siempre en lugar de las personas y nunca en lugar de las cosas. (1) Ese pronombre no puede, por tanto, referirse á las *acciones*, á los derechos y obligaciones que son objeto de la jurisprudencia civil, sino que sólo puede aplicarse á las *personas* responsables de algún delito, materia del derecho penal. Para sostener, pues, que los arts. 13 y 14 de la Constitución en la parte que usan de ese pronombre, abarcan tanto á lo civil como á lo criminal, es necesario comenzar por demostrar que él se puede poner indiferentemente en lugar de las personas ó de las cosas, ó que el Constituyente ignoró hasta su propio idioma, creyendo que *nadie* es sinónimo de *ninguno*, que se refiere á personas y cosas. Reputo imposible cualquiera de esas demostraciones.

Y no se suponga que con mantener la genuina significación del pronombre «nadie» en el art. 13, se sigue el absurdo de que en lo civil haya leyes privativas, y tribunales especiales; porque la Constitución en otro texto prohíbe todos fueros con excepción del de guerra en los casos que determina, estableciendo así la igualdad ante la ley tanto en lo civil como en lo criminal. Si el idioma ha de conservar, pues, su valor en la ley fundamental, los textos aludidos de los art. 13 y 14 no pueden referirse más que á las personas, por la razón perentoria de que el pronombre «nadie» nunca se aplica á las cosas.

1 "Nadie," pronombre indefinido y absolutamente negativo que sólo se usa con referencia á las personas y equivale á ninguna persona.—Dic. enciclopédico de la lengua española.—Verb. cit.

Se ha intentado también probar que la frase técnica de «*ser juzgado y sentenciado*,» no sólo puede usarse hablándose de causas criminales, sino aun de las civiles, y para ello, haciéndose esfuerzos no del todo felices, se apela á la etimología, á la gramática, á la filosofía del lenguaje: se dice que en todo juicio la persona es siempre *la juzgada* ya se trate de delitos ó de contratos, porque estos no forman entidades metafísicas, sino que tienen por necesidad que afectar á alguna persona, y se asegura, por fin, que no basta dar por cierto que esa frase se refiera sólo á lo criminal sino que es preciso probarlo.

¿Se me exige la prueba de esa verdad que apenas indiqué cuando expuse las razones de mi voto en el amparo del Sr. Rosales? Me es muy fácil darla, y comenzaré por hacerlo, copiando las doctrinas de uno de los mejores expositores de nuestra Constitución: «Las palabras de que se sirve nuestro artículo, en la parte que analizamos, habla el Sr. Lozano, demuestran, á nuestro juicio, que se trata de materia criminal y no de negocios civiles. Se dice con propiedad que alguno es *juzgado*, cuando es sometido á juicio para averiguar y decidir sobre su responsabilidad criminal. Si se trata de negocio civil, ora se hable del actor ó del demandado, no son éstos los que son juzgados, sino el negocio y los encontrados derechos que se controvierten. En ambos juicios hay un hecho fundamental que forma la materia del debate; en el criminal un delito, en el civil un contrato ú otro hecho que crea obligaciones y derechos; pero en el primero, el hecho, el delito imputado al responsable se identifica de tal manera con éste, que propiamente puede decirse que es juzgada la persona: en el segundo no hay esa identificación; la materia prominente del juicio es el derecho controvertido, abstracción hecha de las personas del demandante y del demandado: por el efecto de esa identificación, si en el primero desaparece la persona, el juicio se

suspende, ó *ipso jure* termina, según que la desaparición sea momentánea, ó permanente y absoluta, como en caso de muerte del acusado; en el segundo, por el contrario, poco importa que la persona desaparezca: si su desaparición es momentánea, los estrados del tribunal la sustituyen; si es perpetua y absoluta, como en el caso de muerte, el sucesor universal representa á su causante y continúa su personalidad jurídica ante el derecho; si no hay heredero, una persona moral, la testamentaria ó intestado está revestida por la ley con los mismos derechos y las mismas obligaciones que tuvo el autor de la herencia, en lo que esos derechos y obligaciones afectan á las relaciones de la vida civil.»

«Si cuando se trata de negocios civiles no puede decirse con propiedad que es *juzgada la persona* sino el negocio, menos puede decirse que aquella es *sentenciada*. Se dice bien en un asunto civil, que este ha sido fallado y sentenciado; pero no puede decirse con la misma propiedad que las personas á quienes tal asunto incumbe, con el carácter de demandantes ó demandados, han sido sentenciados. Por el contrario, tratándose de materia penal la expresión es rigurosamente propia, el reo ha sido sentenciado, no su delito; la sentencia ha impuesto la pena correspondiente á la naturaleza del delito; pero el delincuente y no el delito ha sido sentenciado, y sería no sólo impropio, sino absurdo decir que en una causa de homicidio ha sido juzgado y sentenciado el delito y no el homicida.» (1) Después de esto, no se me acusará más de que doy por cierto lo que no está probado.

En cuanto á los argumentos que se toman de la etimología, de las radicales, de la gramática, etc., mucho podría yo decir para comprobar cómo esos argumentos no sirven sino para alterar la significación técnica que tienen muchísimas

1 Lozano. Derechos del hombre, págs. 250 y 251.

locuciones forenses: estas frases, «*ser juzgado y sentenciado, acusar rebeldía, concluir á prueba, contestar en aulo, estar á derecho, purgar le mora, etc., etc.*» no pueden traducirse ni interpretarse con la sola gramática; ellas no pueden entenderse sino conforme al uso, «*penes quem est just et norma loquendi*,» según lo enseña uno de los jurisconsultos que más se han distinguido explicando las reglas de la interpretación. (1)

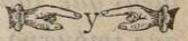
Pero mejor que responder yo á esos argumentos, es repetir contra ellos las respetables palabras del célebre comentarista del Código francés, palabras que parecen escritas para el caso que nos ocupa; son estas: «*Dans une science, les mots doivent se prendre dans le sens qui leur est généralement attribué, et ce serait exposer les parties à des mécomptes, que de chercher à les plier sous une acception plus conforme à l'étymologie, mais contraire à l'usage. . . . La langue du droit subit des méthamorphoses comme la langue de la littérature et la langue des salons; quand une locution a un sens convenu, on n'est pas recevable à venir s'élever contre elle; eût-on cent fois raison grammaticalement parlant, on auriat cent fois tort auprès des juges du droit.*» (2)

Lo dicho es suficiente para acreditar que las palabras usadas en el art. 14 no consienten que él se aplique á negocios civiles, porque esas palabras no hacen referencia más que á las personas y no á las cosas; porque al Congreso no se le puede acusar sin prueba de que empleó locuciones técnicas en un sentido contrario al que les da el uso forense; porque las reglas de la interpretación literal condenan el esfuerzo que se hace para adular el sentido de un texto, cambiando la significación de las palabras.

1 Delisle. Principes de l'interprétation des lois, num. 147.

2 Troplong. De l'échange et du louage, tom. 1.º, pág. 97, edic. 1856.

Los argumentos que creo dejar contestados no son los únicos que se expenden contra la teoría que defiendo; se hace todavía otro que se ha creído concluyente, decisivo, calificándolo de «tan incontestable, que ante él tiene que sucumbir la doctrina opuesta, so pena de enemistarse irreconciliablemente con el sentido común.» Ese argumento, así encomiado, es en extracto el siguiente:

La primera parte del art. 14 que dice: «No se podrá expedir ninguna ley retroactiva,» se refiere sólo al legislador, único poder que puede expedir leyes; pero la segunda no puede hablar sino con los tribunales, á quienes se previene que: «Nadie puede ser juzgado ni sentenciado sino por leyes dadas con anterioridad al hecho.» Y si estas palabras se han de referir sólo á lo criminal, resultará el despropósito, el escándalo no conocido en legislación alguna civilizada, de que á los tribunales sea lícito aplicar leyes civiles con efecto retroactivo. Es ineludible, pues, convenir en que estas palabras abarcan toda clase de juicios. Y una vez aceptada esta verdad, el pretender que estas palabras «y exactamente aplicadas á él,» se refieren sólo á lo criminal, es un absurdo que el criterio común y la fuerza del lenguaje obligan á reconocer. La oración se rige por los mismos verbos, y la partícula conjuntiva que los une, forma con ellos una idea general. «Nadie puede ser juzgado ni sentenciado sino por leyes dadas con anterioridad al hecho  y  exactamente aplicadas á él por el tribunal que previamente haya establecido la ley.» Si el primer miembro de esta oración abarca á todos los juicios, también tiene que abrazarlos el segundo. Creo no haber debilitado, extractándolo, la fuerza de este argumento.

Que él es más especioso que sólido, lo demuestra bien su análisis. Los que creen que la primera parte del precepto es sólo para el legislador, sin obligar ni referirse á las autoridades que aplican las leyes, y que los tribunales han